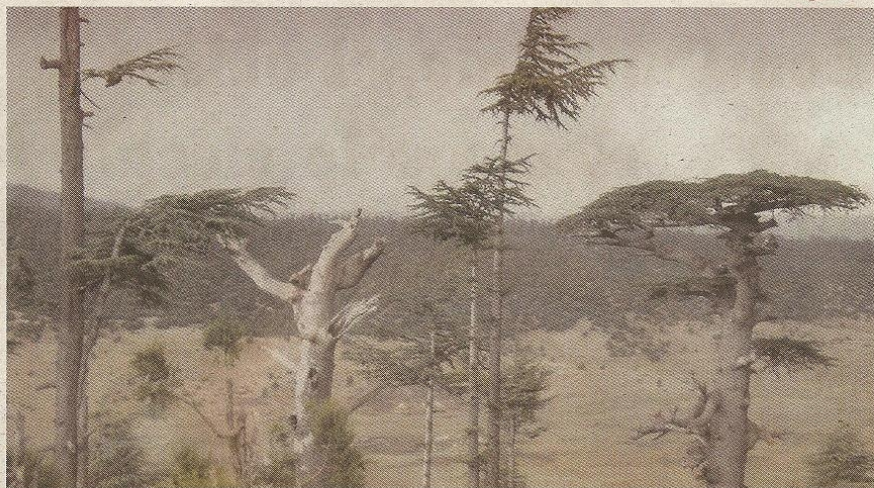


Mi segundo viaje a Marruecos me desvela que éste es un país de contrastes, de montañas frías y abrasadores desiertos, ambientes tan maravillosos como hostiles, donde la vida se resiste a desaparecer y lucha por adaptarse a condiciones casi imposibles. Este nuevo encuentro me reafirma en parte en mis anteriores impresiones (ver El Afilador de enero de 2010), aunque lentamente parece que las circunstancias del trayecto están dispuestas a revelarme muchos de los secretos que desconocía y que, esta vez, algunos de ellos, se abren paso ante mis ojos para constatar que cualquier esfuerzo de imaginación es siempre banal, inútil.

Merzouga, una de las últimas ciudades de Marruecos antes de que su territorio se adentre en el gran desierto del Sahara, me vuelve a recibir bajo un sol picante que no me permite caminar sin taparme la cabeza con un turbante. El grupo de la ONG "Rumbo al Desarrollo Sin Fronteras" que nos hemos desplazado hasta allí visitamos su dispensario médico para entregar el cargamento de medicinas y material sanitario que nos han solicitado meses atrás. Mbarek, el enfermero que se ocupa de recibirnos, nos agradece cordialmente el encargo y nos invita con la mirada a seguir colaborando con él.

Poco después, en el mismo lugar, conocemos a Aika, coordinadora en Marruecos de una ONG ilicitana (África Nómada) cuyo proyecto se centra en impulsar un centro socio-cultural en Merzouga. Ofrece un servicio de guardería, da clases de español o de informática y, junto a un enfermero, hace algunas curas de urgencia. También alberga un espacio para que una asociación local de mujeres saque adelante un taller de costura. Es una oportunidad que tienen de relacionarse entre ellas y así tengan fe en un proyecto común que, en el futuro, sólo dependerá de ellas mismas. La conversación con Aika, una mujer curtida, de cuerpo duro pero espíritu sensible, nos alecciona acerca de la vida y las costumbres de los habitan-

Niños bereber. Foto: Ana María González y Fco Javier Oliva



Impresiones escondidas en Marruecos



tes del desierto. Nos cuenta que tiene ante sí grandes retos, y cada vez que enumera uno de ellos termina con la frase "in sha'a Allah" (si Dios quiere). Ahora, investigando un poco por Internet descubro que de una súplica árabe muy parecida ("law sha'a Allah", si Dios quisiera) nos viene la palabra es español "ojalá". Creo que nos unen más cosas con ellos de las que creemos.

A nuestra ya amiga Aika se le inundan los ojos cuando nos pide ayuda, cuando nos descubre que no todo se fundamenta en un altruismo desmesurado, que su proyecto precisa de medios humanos y económicos para continuar, que su inmensa fortaleza moral no es suficiente, que necesita un apoyo al otro lado del Estrecho para que su espíritu no decaiga y degenera en desesperanza. Sabe que si sucum-

be todo su trabajo caerá irremediamente en el olvido, estéril como la arena del desierto. No podemos hacer otra cosa que prometerle nuestra ayuda y admirar el mérito de alguien que lo ha dejado todo atrás por todo aquello en lo que cree.

No es el único impacto de tristeza y congoja que sufrimos en este viaje. El desierto nos espera envuelto en su absoluto e impertinente silencio para recordarnos que estamos en sus dominios, que reina sobre todos nosotros y puede decidir nuestros destinos en cualquier momento. Dos noches después del encuentro con Aika quedamos atrapados en una trampa de dunas. No tenemos más remedio que acampar sobre la arena. Al menos, para hacernos más agradable la velada, el desierto nos obsequia con una tremen-

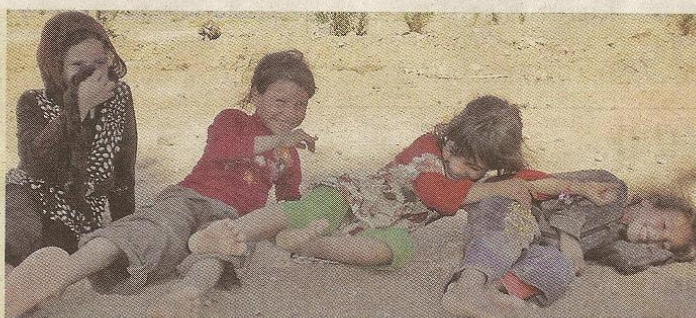
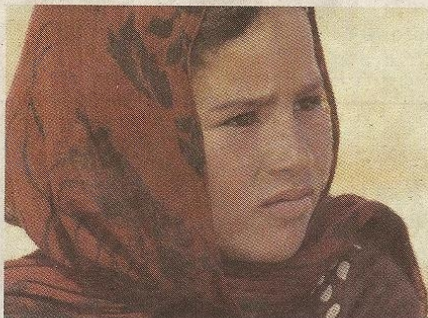
da luna llena que nos vigila toda la noche hasta que, próximo el amanecer, desaparece por el oeste. Entonces todo se inunda de la luz de que desprenden millones de estrellas, silenciosas, expectantes, con la constelación de Orión en lo más alto. Ellas velan nuestros sueños. De cuando en cuando nos despierta el lejano rugido del motor de los camiones que, en la lejanía, como monstruos malhumorados e itinerantes, se dirigen hacia las minas de baritina.

Al día siguiente descubrimos por casualidad una de ellas. Antes de visitarla, mi imaginación plasmaba en mi mente un gran cráter formado por círculos concéntricos y centenares de hombres pululando por sus laderas, como una mina de cobre a cielo abierto. De nuevo me equivoqué. La realidad me escupe a la

Izquierda: Bosque de cedros en Medio Atlas.
Centro: Subiendo a las minas.
Foto: Francisco Javier Oliva

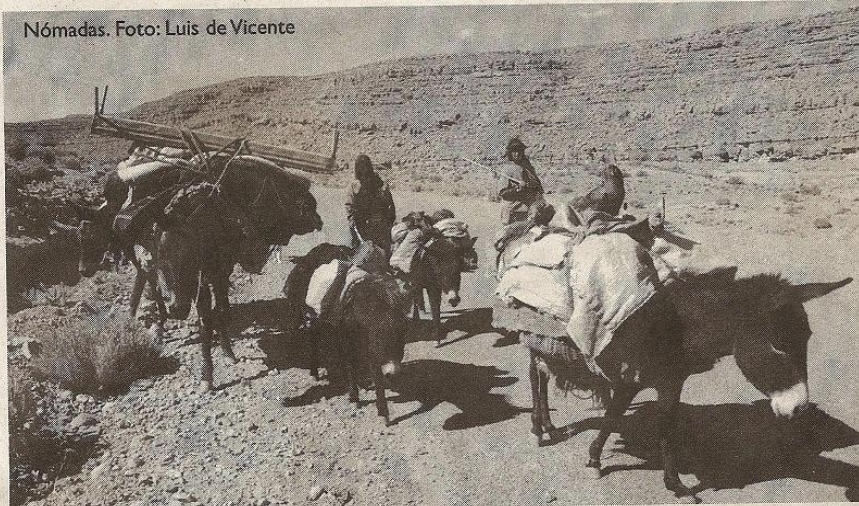
cara una herida en la montaña de apenas medio centenar de metros de largo por dos de ancho y diez de profundidad, una grieta en el suelo de la montaña practicada a base de romperla con un martillo neumático enchufado a un compresor de gasoil. Sólo cinco hombres trabajan en ella. Están quemados por el sol y hundidos por las condiciones precarias que sufren: calor insostenible por el día, frío helador por la noche y soledad mortal a todas horas. Las herramientas de trabajo se diseminan por las inmediaciones de la mina. Un pequeño chamizo les protege malamente del frío y les da sombra tórrida por el día. No hablan. Ni siquiera entre ellos. Quizá ya no tengan nada que decirse. Acierto a ver media torta de pan sobre un plato sucio y una tetera vacía. Quizá sólo coman y beban eso, pero no tengo forma de constatarlo ni de desmentirlo. Nosotros no sabemos árabe y esta vez no llevamos intérprete. Pero el lenguaje de los signos es universal. Nos piden dinero, tabaco, comida, ropa... Intuyo que cualquier cosa es suficiente para colmar sus necesidades, que son todas. Les dejamos lo que buenamente podemos, una bolsa de ropa de hombre, algo de comer, un billete, un paquete de cigarrillos y unas cuantas sonrisas. Ellos nos ofrecen las suyas, desdentadas algunas, ausentes las más. Nos miran con simpatía y melancolía, una mezcla agri dulce que no sé expresar y tampoco asumir, como cuando ves el rostro de un niño a través de la verja del colegio en la hora del recreo. Él sabe que te alejarás y lo volverás a dejar solo. Incluso hay un par de jóvenes que no destapan sus rostros. Hasta ahora sólo he visto cubrirse a las mujeres bereber. ¿Por qué lo hacen ellos si son hombres? Quizás estén deformados por alguna enfermedad o heridos irremediamente por la radiación del sol. Admito que siento miedo y quiero irme de allí. Estamos a su merced y las de sus aterradoras circunstancias.

Atravesamos parte del desierto y nos cruzamos con rebaños de cabras, dromedarios o burros. Son conducidos por mujeres o niños porque los hombres viven, trabajan y mueren en la montaña extrayendo baritina. Tan cerca y tan lejos a la vez. Conducimos con cuidado sobre piedras fundidas por el sol, trozos que parecen de carbón con la dureza y los filos del diamante. Visitamos el pozo que ayudamos a excavar hace un año para acercar el agua a algunos bere-



beres. Pero sólo hemos encontrado tierra y piedras. El fracaso nos hace sentir tristeza, pero insignificante comprada con la expresión que hemos dejado atrás en la mina. Para colmarnos de desdicha, la gastroenteritis hace aparición en el grupo y va minándonos poco a poco. Tratamos de remediarlo con suero y muchas dosis de buen humor escatológico que nos lanzamos a través de las emisoras de radio que tenemos en los coches para comunicarnos. Gracias a Alá, son episodios esporádicos de corta duración.

Dejamos el desierto atrás y nos encaminamos hacia el Alto Atlas, la cordillera con picos que alcanzan más de 4.000 metros. Nuestra intención es atravesarlo de sur a norte. Comenzamos transitando gargantas que me recuerdan a las del Gran Cañón del Colorado. La belleza es la misma, desde luego. La única diferencia es que el río que discurre dibujando-



Nómadas. Foto: Luis de Vicente

nen prisa porque no van a ninguna parte. Intercambiamos ademanes y buena voluntad.

Poco más adelante, a bastante altitud ya sobre el nivel del mar, encontramos algunos pueblos en valles mágicos, otros adosados a las paredes verticales de las rocas que guardan los caminos, como si no quisieran interrumpir nuestro

uno de los pueblos no podemos descender. Una multitud de niños se agolpa a nuestro alrededor con sus caritas tan sonrientes como suplicantes. Casi todos están marcados por cicatrices y pústulas. Me estremezco sentado tras la ventanilla incapacitado por la impresión de la enfermedad a mi alrededor. Todos sufrimos por no po-

merosos. El paisaje se tiñe de verde. Hierba, cedros milenarios, arbustos, sol, temperaturas algo más templadas. Lo agradecemos aunque poco después nos envuelve una tormenta a la que acompaña un viento helado del demonio que nos lanza gotas de agua al rostro que se clavan en las mejillas como si fueran alfileres. Y de la misma forma que si se tratara de un sortilegio, todo parece transformarse a nuestro alrededor. Cielos nublados, grises y violetas, lluvia furiosa, un lago con patos en el que destaca una cabaña de madera sobre pilotes... ¿Estamos en Marruecos o en Escocia?

Poco después, camino ya del Estrecho, hacemos un alto en el camino al borde de la carretera para descansar. Salen a nuestro encuentro un par de mujeres con dos niños. Sus bocas no piden nada pero sus ojos los hacen por ellas. Compartimos unas galletas y el buen humor que destilan a borbotones. Aún sin hacerles demasiado caso, se esmeran en limpiar las ropas y lavar las piernas a una de nuestras compañeras que, al tratar de cazar una rana en una charca cercana (a quién se le ocurre; resulta inverosímil... pero cierto), ha caído y se ha manchado de barro. Ellas la llevan a un manantial de aguas claras y nos la devuelven limpia, como si jamás le hubiera ocurrido nada. La hospitalidad de estas gentes me sigue impresionado.

Todos estos contrastes me invitan a reflexionar sobre lo visto y lo vivido en este segundo viaje a Marruecos. Habrá un tercero y estoy convencido de que volveré a sorprenderme una y mil veces más.

Fco. Javier Oliva

Para saber más:
www.rumboal desarrollo.org
www.africanomadador.org

Mina de baritina. Foto: Luis de Vicente



las está seco en esta época del año. Pero las imágenes que nos regalan a la vista y a los sentidos son impresionantes. A medio camino hacia las cumbres topamos con una caravana de nómadas bereberes. Es la primera vez que los vemos en movimiento, itinerantes. Las mujeres y los niños se ocupan del ganado mientras el hombre va abriendo el rosario de animales. El colorido de sus vestidos contrasta con el pardo de la tierra y los pocos matorrales que se diseminan a nuestro alrededor. No tie-

viaje y se apartaran a un lado. A medida que ascendemos, el tiempo da marcha atrás doscientos años. Las condiciones climáticas y urbanas se hacen más difíciles. Las poblaciones carecen en muchos casos de electricidad y de agua corriente. Una cola de mujeres y niños se agolpa ante la única fuente que da servicio a todos los vecinos de una aldea. Las calles están maltrechas, como las ropas y los gestos de sus habitantes. Algunas veces bajamos de los coches para entregar ropa y algunos juguetes. En

der ayudar, por no saber ayudar.

Dejamos las cumbres y, tras hacer noche en la ciudad fortificada de Ksar el Khorbat (por la que tengo intención de caminar con más tranquilidad a la luz del sol en mi próxima visita), partimos hacia el Medio Atlas. En el camino encontramos docenas de perros salvajes que nos salen al paso. No parecen agresivos pero no tenemos ganas de averiguarlo. Los rebaños de cabras poco a poco dejan su lugar a los de ovejas, mucho más poblados y nu-

DUB
BARBACANA



SIGÜENZA